

MISCELÁNEA

SOBRE LAS FUENTES DE LA *SILVA* DE PEDRO MEXÍA

PAOLO CHERCHI.
University of Chicago.

A la memoria de D. Ricardo Gullón.

La reciente edición de la *Silva de varia lección de Pedro Mexía* cuidada por Antonio Castro (Madrid, Cátedra, 2 vols., 1989-1990), tiene muchos méritos. Entre ellos el menor, pero grandísimo, es el haber puesto al alcance del lector moderno un texto difícilmente asequible a pesar de su importancia, puesto que la *Silva* fue durante un par de siglos un verdadero *best seller* español y europeo. Los méritos mayores son desde luego los que dependen de la cultura y de la preparación filológica del editor. Por lo que puedo juzgar, el texto me parece *ne varietur*; las observaciones lingüísticas del comentario son atinadas y útiles; los índices rigurosos e indispensables; las notas de tipo histórico aclaradoras y generosas; la introducción sitúa históricamente muy bien la obra de Mexía, y ofrece una buena *mise au point* de la situación de los estudios sobre el autor y los géneros literarios que practicó.

Frente a tantos méritos parecerán desafinadas las reservas que siguen, aunque la intención que las dicta está más bien a tono con los versos horacianos “ubi plura nitent in carmine non ego paucis offendar maculis”. Sin embargo, las ‘manchas’ que voy a indicar no son epidérmicas ni superficiales, sino que llegan al corazón de la obra. Me refiero a la sección del estudio preliminar relativa a las fuentes de la *Silva*. Aquí Castro contabiliza las citas que se encuentran en la obra, las reparte por autores, saca estadísticas con todo un aparato de tablas y porcentajes, luego comparados con los presentados por María Pilar Cuartero Sancho. Este ejercicio aritmético lleva a las siguientes conclusiones: en la *Silva* 1) hay un peso abrumador de autoridades; 2) una supremacía absoluta de las autoridades antiguas; 3) pocos autores y

obras, con muchas citas; 4) citas de segunda mano; 5) citas ocultas; 6) su autor estaba al tanto de las novedades editoriales; 7) la gran mayoría de sus fuentes son latinas o traducciones al latín; 8) fuentes más utilizadas, en consonancia con los temas más abundantes. Después de tales conclusiones no es poca la sorpresa que uno se lleva al leer la siguiente declaración acerca del método adoptado en la preparación del aparato y del comentario: "Dada la extensión del texto de la *Silva*, hemos procurado encontrar un siempre difícil equilibrio en el uso de las notas, tendiendo más bien a restringir el número y extensión de las mismas, sin menoscabo de su utilidad y eficacia. Hemos concedido prioridad a las notas de carácter textual, lingüístico y de vocabulario, y solo subsidiariamente hemos atendido en ellas a las cuestiones relativas a fuentes, datos culturales e históricos y nombres propios de personas o lugares" (vol. 1, pág. 131). Desde luego un editor sabe el por qué de sus decisiones editoriales: pueden ser sus posibilidades y límites, el nivel cultural de sus lectores, su manera de entender un texto, como pueden ser también los criterios editoriales de la colección. Pero la *Silva* es una obra especial porque, como indica el mismo título —y lo declara explícitamente su autor y además lo entiende perfectamente su editor— quiere ser el fruto de una 'varia lección', un tipo de antología de 'flores curiosas' brotadas bajo lecturas de textos varios, un caudal de *excerpta* recogidos según una moda y una técnica debida a los humanistas. ¿Por qué, entonces, renunciar a comentar sobre este aspecto que se puede definir como el corazón, el meollo de la *Silva*, su primaria razón de ser obra de arte y de un género literario que manda que la literatura nazca de la literatura misma? Esta renuncia es de veras lamentable en cuanto nos priva de la posibilidad de ver de cerca la manera de trabajar de Mexía, cómo adaptaba y manejaba sus fuentes, cómo consiguió aunar tantos datos eruditos, cuál era el espesor real de su cultura. Las notas sobre las fuentes son tan esporádicas o son tan obvias que no solo no nos ayudan en lo mínimo a entender todos estos aspectos, sino que terminan dando la impresión de que no hay fuentes o que las que hay son casi todas las que el mismo autor declara. El comentario de Castro, combinado con las estadísticas de su introducción, nos dejan con la impresión de una relativa escrupulosidad por parte de Mexía en la cita de sus fuentes; y de ahí sacamos la idea de una erudición auténtica del sevillano, una erudición además que el editor no nos aclara, porque casi nunca identifica los textos citados por Mexía. Pero, claro está, todo lector encontraría menos arcana la erudición de Mexía si, por ejemplo, se le dijera que todas las anécdotas y los *auctores* alegados en los capítulos cuatro y cinco de la primera parte, los dos dedicados al tema del silencio y del secreto, tienen como fuente principal el *Reloj de los príncipes* (2:16) de Antonio de Guevara, quien a su vez saca todo el material del *De garrulitate* de Plutarco). El lector tendría una idea

más clara de la escrupulosidad de Mexía si se le diera la fuente de la carta de Plutarco al emperador Trajano que se encuentra en el capítulo sexto de la primera parte:

Conocido tengo, de tu templança y humildad, nunca aver desseado el imperio, aunque siempre lo has procurado merescer con perfección de costumbres; del qual tanto más digno eres juzgado, quanto menos has buscado manera para alcançallo. Assí que a tu virtud sola y a mi ventura daré la norabuena y parabién de tu elección, con tanto que uses y administres bien lo que bien has merecido. Porque, haziéndolo de otra manera, no tengo dubda sino que a ti pornás a peligro y a mí harás subjecto a las lenguas de maldizientes: a ti, porque Roma no sabe sufrir emperadores malos ni perezosos; lo que a mí toca, porque el pueblo, de los yerros y pecados de los discípulos, suele cargar la culpa a sus maestros. Y, assí, murmuran de Séneca por las culpas de Nerón, cuyo maestro era; y de los atrevimientos y excessos de sus discípulos dan el cargo a Quintiliano; y Sócrates es culpado por aver sido blando con su menor y pupilo. De tí, yo bien sé que lo harás perfectamente, si nunca te olvidares de tí mesmo, si ante de todas cosas, te ordenares a tí proprio; si todas las cosas dispusieres conformándote con las virtudes, todo [te] sucederá bien. Las reglas que has de guardar en gobernar y enmendar las costumbres, ya en mis libros te las tengo escriptas y mostradas. Si aquellas siguieres, Plutarcho es autor de tu vida: haziéndolo de otra manera, esta mi carta hago testigo que, por mi consejo y parecer, no se haze cosa en daño de la República y Imperio Romano. Dios te dé salud. (Vol. 1, págs. 217-8.)

La fuente de esta carta, probablemente apócrifa, ha sido hasta ahora desconocida a pesar de los intentos de encontrarla. Puedo señalar que la carta constituye el primer capítulo del quinto libro del *Policraticus* de Juan de Salisbury (y luego en Vicente de Beauvois, *Speculum historiale*, IX, 48; y Walter Burleo, *De vita et moribus philosophorum*, 119):

Plutarcus Traiano salutem dicit. Modestiam tuam noueram non appetere principatum, quem tamen semper morum elegantia mereri studuisti. Quo quidem tanto dignior iudicaris, quanto a crimine ambitionis uideris esse remotior. Tuae itaque uirtuti congratulor et fortunae meae, si tamen recte gesseris quem probe meruisti. Alioquin te periculis et me detrahentium linguis subiectum iri non dubito, cum ignauiam imperatorum Roma non ferat, et sermo publicus delicta discipulorum refundere soleat in praeceptores. Sic Seneca Neronis sui merito detrahentium carpitur linguis, adolescentium suorum temeritas in Quintilianum refunditur, et Socrates in pupillum suum fuisse clementior criminatur. Tu uero quiduis rectissime geres, si non recesseris a te ipso. Si primum te composueris, si tua omnia disposueris ad uirtutem, recte tibi procedent universa. Politicae constitutionis maiorum uires tibi exscripsi, cui si obtemperas, Plutarcum uiuendi habes auctorem. Alioquin praesentem epistulam testem inuoco, quia in perniciem imperii non pergis auctore Plutarco. (Ed. C. Webb, 539b-d.)

Tómese otro pasaje del eruditísimo capítulo sobre las sibilas (III, 34):

Y bolviendo al cuento y número de las sibilas, la segunda dizen ser de Libia; y della haze mención Euripides en el prólogo de *Lamia*. La tercera se llamó Athemis y nómbra la délfica porque nació en Delfos; y ésta trata Chrisipo, en el libro *De divinación*, y a ésta hizieron estatua los romanos, según Plinio; y fue antes de la destrucción de Troya, y Homero pone muchos versos de los suyos entre los de su obra. Diodoro Sículo dize ser ésta Daphne, hija de Tiresias; y que los argivos, aviendo sojuzgado a Thebas, la embiaron a Delphos y allí se avía hecho prophetissa en los oráculos de Apolo. De manera que se llamó delphia por esto o porque nació en Delpho. A la quarta sibilla llaman cumana ytálica (y no la cumana Amaltea, de quien diremos adelante, sino la natural de Cimerio, villa de Campania, cercana a Cumas), de cuyas divinaciones escribieron Nevio, en los *Libros púnicos*, y Pisón, en sus *Anales*, referidos por Lactancio.

Todas las lecturas que un pasaje de este tipo presupondría, dependen en realidad de un solo libro, es decir, del comentario de J. L. Vives al *De civitate Dei* de San Agustín de donde Mexía sacó casi todo el capítulo:

Altera Sibylla fuit Libyca, cuius meminit Euripides in Lamiae prologo. Tertia Delphica, de qua Chrysippus loquitur in eo libro, quem de divinatione composuit, hanc putant Delphis natam dictamque Athemim, & uixisse ante troicum excidium, cuius plurimos uersus operi suo Homerum inseruisse crediderunt. Hanc Diodorus Daphnem Tiresiae filiam fuisse refert, quam Argiui quum Thebani uicissere Delphos misere, ibique peritior diuinandi Apollinis uaticinijs facta, dei oracula consulentibus ædidit, idcirco Sibylla est ab omnibus cognominata. Fertur & Daphne altera Apollini adamata, quæ in laurum est uersa cum deum aduersaretur, & fugeret. Quarta Cumæa in Italia, quam Næuius in libris belli Punici, Piso in annalibus nominat. Hanc alij Italicam nuncupant, ex Cimerio Campaniæ uicino Cumis oppido. (Basilea, 1522, pág. 592.)

Ahora bien, ¿dónde están el Guevara del *Reloj*, y el autor del *Policriticus*, el comentario de Vives entre las citas de Mexía? En ninguna parte; sin embargo, quién sabe cuánto de estos dos libros pasó a la *Silva*, a pesar del olvido en que los guarda el autor.

Claro está, no es fácil encontrar fuentes, y es sabido que lo que decía Leo Spitzer para las etimologías vale también para la búsqueda de las fuentes: no hay que buscarlas, sino encontrarlas. Si he citado la fuente de la carta es porque la encontré (una suerte que no les ha ocurrido a los otros investigadores citados por Castro), y no quisiera dar de ninguna manera la impresión de que me sería fácil encontrar todas las fuentes de la *Silva*. La he citado, además, para probar otra vez que hay que desconfiar de las citas de Mexía, y cómo es poco útil hacer estadísticas para saber cuántas veces aparece el nombre de Plutarco, si luego resulta que lo cita de segunda mano.

Tal vez la cantidad de trabajo que presupone la investigación de las fuentes, haya sido el factor que ha desanimado al editor de la *Silva*. Sin embargo, en el caso típico de un escritor como Mexía, la búsqueda de las fuentes es relativamente fácil y, paradójicamente, termina siendo un gran ahorro de trabajo. Trabajando con este tipo de literatura se aprende que las fuentes que más se esconden son las conocidas por todo el mundo. Por ejemplo, en 2:8 leemos que “escriven algunos de un Cipus, que fue rey, que aviendo visto con muy gran atención pelear dos toros un día, se durmió en aquella imaginación, y que, quando despertó, se halló con cuernos nascidos” (vol. 1, pág. 588). ¿Quiénes serán estos ‘algunos’ que escribieron una historia tan rara? No son sino los conocidísimos Ovidio (*Metam.*, 15:565 y sigs.) y Valerio Máximo (*Factorum dictorumque memorabilium*, 5:6:3). Trabajando con esta literatura se aprende también que los autores que se citan con menos frecuencia son los que se utilizan más, y se utilizan más aquellos autores que a su vez prodigan citas de otros autores.

El caso que ilustra mejor lo dicho es el de Ravisius Testore y de su *Officina*. Su nombre aparece una sola vez en la *Silva*, y sin embargo es la obra más plagada en la *Silva*. Me limito a un par de ejemplos para demostrar cómo trabajaba Mexía. Veamos primero este pasaje:

Cicerón, en el libro quinto de sus *Questiones tusculanas*, trata de la ceguedad desde Claudio; donde también pone hystorias notables de otros ciegos. Como es la de Cayo Druso, que fue, aunque sin vista, grande jurisconsulto y abogado; y tenía siempre la casa llena de gente que venía a pedir su consejo, queriendo antes ser guiada por el sabio ciego que por sus propios ojos. Y de Gneyo Aufidio, pretor que fue en Roma, también dize que siendo él niño, lo conoció que, ciego, yva y votava en el Senado, y ayudava y aconsejava a sus amigos y escribía una notable hystoria. Y de Diodoro philosopho estoyco, también privado de la vista, cuenta que lo tuvo muchos días en su casa y compañía; y así, sin ver, se dava a los estudios mucho más que de antes, y noche y días hazía que le leyesen, y tañía muy bien vihuela, a la costumbre de los pitagóricos; y lo que es más de maravillar: que platicava y enseñava geometría (cosa que parece imposible tratarse sin ojos), teniendo tal manera y aviso en el dezirlo de palabra, que se podía entender y comprender lo que enseñava. También escribe de Antípatro Cirenayco y de Asclepiades Erítrico, philosophos señalados, que, aunque perdieron los ojos, suffriéronlo en grande paciencia y perseveraron en el estudio de philosophía. Y, lamentándose al Erítrico ciertas mugeres, les reprehendió él diziendo: —“Vosotras no entendéys que a oscuras se puede rescebir alegría y plazer.” Y el Asclepiades, siendo preguntado que qué provecho le avía traydo la ceguedad, respondió él que “traer un mochacho más en mi compañía”. Pues Homero, el más ilustre y principal de todos los poetas, también escribe allí Cicerón que fue ciego; y aunque de qué ni a qué tiempo cegó no se sabe lo cierto, pero de averlo sido no se pone duda; y por esso se llamó *Homero* (que en lengua jónica quiere decir “ciego”), teniendo antes otro nombre; Ovidio, en el *Ibis*, afirma que a la vejez le quebraron los ojos. A bueltas déstos, aunque infieles, puede entrar

el gran doctor Dídimo Alexandrino, que desde niño fue ciego; y, ciego, aprendió lógica y las otras artes y escribió excelentemente sobre los *Psalmos*.

Grande cosa fue éstos; pero, como se vieron sin vista, la fuerza y necesidad es muy industriosa; esforçaronse contra la falta y hizieron grande effeto. Pero la del filósopho Demócrito, el que de todo se reya, es más de maravillar; porque, según Cicerón, el mismo se quebró y sacó los ojos para mejor contemplar las cosas naturales, diziendo que le destruyan lo que vía. Lucrecio, poeta, y Aulo Gelio y otros también lo cuentan así; pero yo más me tengo a lo que Tertuliano dize: que es averlo hecho por reprimir su carne, porque la vista de las mugeres lo movían a desonestidad. (4:12; vol. 2, págs. 416-418.)

El editor ha averiguado la fuente ciceroniana del pasaje (*Tusculanae disputationes*, 5:38-39), y ha podido indicar que el filósofo huésped de Cicerón no es Diodoro, sino Diodoto. Ha observado además que en la lista ciceroniana de los ciegos falta Dídimo Alejandrino; pero se debe notar también que faltan otras cosas: la mención del *Ibis* de Ovidio (que, claro está, no podría encontrarse en Cicerón); la causa de la ceguera de Demócrito (Cicerón dice solo que el filósofo perdió la vista sin especificar cómo: "Democritus luminibus amissis"), y no hay mención de Lucrecio (autor que Cicerón conocía muy bien, ya que fue el editor del *De rerum naturae*) ni, por supuesto, de los autores más tardíos. ¿De dónde sacó estos datos Pedro Mexía? De un capítulo de la *Officina* de Ravisius dedicado a los "caeci et excaecati". Mexía encontraba ahí lo que no estaba en Cicerón. Pero hay más: es posible que la *Officina* le guiara hacia la obra ciceroniana gracias a sus numerosas referencias. De todos modos Mexía fundió las dos fuentes. En el pasaje que hemos copiado se encuentran todos los ciegos mencionados por Cicerón (aunque reaparezcan todos en Ravisius con lenguaje muy parecido; y aunque en Ravisius aparezca el Diodoro que Cicerón daba como Diodoto, hay algunos detalles que indican tajantemente la paternidad ciceroniana), y reconocemos también a los ciegos de la *Officina*:

Homerus caecum fuisse fatentur omnes. Unde autem caecitatem illam contraxerit non satis convenit. Sunt qui dicant, hoc ei morbo contigisset: alij ex longa senectute. Ovidius in *Ibin* apum aculeis excaecatum scribit.

Didymus Alexandrinus, praesul Caesariensis, caecus fuit a puero. Nihilominus Dialecticam et Geometriam dicit, scripsitque comentarios in *Psalmos*.

Democritum quum existimaret animi aciem impedire aspectum oculorum, oculos ipsos sibi eruit ut philosophiae et rerum naturalium causas profundius meditaretur. Lucretius, lib. 3: Denique Democritum postquam matura vetustus Admovit, memores motus languescere mentis Sponte sua letho caput obvius obtulit ipse. Tertullianus ait ideo Democritum se excaecasse quod mulieres sine concupiscentia aspicere non posset. Gellius lib. 10 de caecitate Democriti ex Laberio Mimographo citat aliquot versus quos potes legere. (Libro 4, cap. "de caecitate et excaecatis, págs. 187-89 de la edición de Venecia de 1653.)

A la luz de esta fuente, quién sabe si no sería legítimo sospechar que en la anécdota de Homero atribuida a Ovidio, “a la vejez” pueda ser una banalización de una *lectio difficilior* “las abejas” (“apum aculeis”).

La presencia de la *Officina* se advierte constantemente en las páginas de la *Silva*, sobre todo cuando hay un catálogo. Tómese, por ejemplo, el capítulo 19 de la primera parte, dedicado al problema de “Cómo la muerte se debe juzgar por buena o mala, según el estado en que se halla el hombre. Y de la estraña y desastrada muerte de Milón, crotoniense. Y de algunos que murieron assí, por casos desastrados y no pensados”. Aquí podemos dejar el caso de Crotón, quien aparece en la *Officina*, pero su fuente específica es Aulo Gelio, como nota el editor. Tampoco nos paramos sobre el caso tan raro de la muerte de Ésquilo, caso relatado por Valerio Máximo y por Ravisius, quien toma literalmente el texto del autor latino con la debida atribución (no sería improbable que Mexía tomara de Ravisio la anécdota y la referencia bibliográfica a Valerio). Considérese más bien la siguiente lista:

Muy graciosa fue también la muerte de Philemón, poeta; que de ver un asno suyo comer unos higos que tenía sobre una mesa, le dio tan gran risa, que se ahogó y murió allí, riéndose. Vean, pues, los hombres a qué tiempo pueden estar seguros de la muerte, si, estando riéndose, pueden morir. También dizen que murió riendo Philistión, poeta cómico. Y assí hallamos, de plazer, averse muerto muchos: Dionisio, tirano de Sicilia; el otro, Diágoras; la muger romana que, de ver su hijo, que tenía ya por muerto en la batalla de Canas, murió de plazer súbitamente. (Vol. 1, págs. 345-6.)

Todos estos datos salen del capítulo “Gaudio et risu mortui” de la *Officina*, aunque no en el mismo orden en que aparecen en la *Silva*:

Philaemon poeta videns asinum ficus mense paratas comedentem, tanto difflexit gaudio, ut eo expiraverit. autore Val. Max.

Philistion Nicaeus poeta comicus (qui Socratis aetate floruit) nimio quoque risu mortus est. Politianus in *Nutricia*...

Sophocles et Dionisius Siciliae tyrannus, uterque accepto tragicae victoriae nuncio. Plinius, cap. 37, lib. 17.

Diagoras Rhodius, quum tres filios athletas eodem die vincere [...] animam efflavit prae laetitia. autore [...].

Romana mulier, filio post cladem Cannarum incolumi viso post falsum nuncium. (Lib. 4, “de risu et gaudio mortui”, pág. 203.)

Siguiendo con el texto de la *Silva*, vemos otro caso de muerte:

También es estraño caso el de Cratis, pastor que guardava cabras; que, estando seguro en los montes durmiendo, lo mató un cabrón de su hato por celos que dél tenía de una cabra, porque en la verdad usava abominablemente della. Ludovico Celio y Bolterano lo refieren, alegando autores griegos.

La fuente es seguramente la *Officina*, donde el episodio sigue inmediatamente el de Milo crotoniense. A pesar de las diferencias, la mención de las autoridades comprueba la dependencia:

Chratim legimus apud Syrabym pastorem fuisse, qui quum in libidinem esset proclivior capellam omnibus formosissimam deperire coepit. Quumque Veneris incendio acrius titillaretur, eam frequenter inibat, ac uti amicam grate amplexabatur, non sine multa suaviatione. Quinetiam munusculas ei offerebat, pabulum videlicet laetius amoeniusque. Molles quoque substernebat accubitus, quibus velut Nympha decumberet, et mollius quiesceret. Quod contemplatus dux gregis hircus aestro zelotypiae agitatus, dormientem adortus est, eique sinciput illisit. Hoc ex historijs Graecis advocant Volaterranus et Caelius. (Lib. 4. "Ferarum morsu estincti", pág. 202.)

Estos dos ejemplos son suficientes para demostrar de dónde Mexía sacaba sus citas de Plinio, de Tertuliano, de Volterrano, de Celio Rhodigino y de muchísimos autores más cuyo número crecería si alguien tuviese la paciencia de cotejar cuidadosamente la *Officina* con la *Silva*. Si el editor hubiese tenido esta paciencia se hubiera ahorrado mucho trabajo: no hubiera gastado tantas energías en identificar tantos personajes que Mexía no conocía ni siquiera de nombre; y hubiera entendido bajo otra luz la que podríamos llamar la "libridine" de Mexía.

Un estudio cuidadoso de las fuentes hubiera eliminado unas supuestas fuentes. Lo podemos demostrar con los siguientes ejemplos que tratan de la crueldad de unos emperadores romanos. Empezamos por Tiberio:

Pensó, allende desto, un género de crueldad nunca oydo: mandó, so pena de muerte, que nadie llorase ni mostrase sentimiento por los assí inocentes que él hazía matar; pienso que no ay mayor crueza que no dexar al coraçon triste purgar por lágrimas su dolor. Pues lo que hazía en las moças donzellas es para tapar los oydos por no oyrlo: antes que les diessen la muerte, hazía a los verdugos que tuviessen con ellas ayuntamiento carnal, porque aquella honrra y palma perdiessen con la vida. Tan sediento estava de matar, que, sabido que uno que él tenía sentenciado a muerte se avía muerto primero, dio una gran boz, con grande enojo, diciendo: —¡O, cómo se me escapó Cornelio! (que assí se llamava el otro). Tanto atormentava antes que mandasse matar a los hombres, que se tenía por merced mandarlos acabar de matar. Las invenciones de tormentos y muertes suyas no ay a quien no espante. Hazía comer y beber mucho lo que él quería que muriessen; y después hazíales fuertemente ligar las vías de la urina, de tal manera que fuesse imposible orinar, hasta que en tormento excessivo muriessen. Y, por sólo passatiempo, hizo otra cosa muy estraña: que, sin enojo ni causa alguna, de una peña muy alta, en la isla de Capra, cerca de Nápoles, hazía echar los hombres a la mar; y, porque le pareció blanda muerte la del agua, hazía que los marineros y gente de mar pusiessen abaxo sus picas y lanças y remos, sobre que diessen y fuessen despedaçados. (I, 34; vol. 1, págs. 472-3.)

La única nota relativa a las fuentes de este pasaje nos dice que: “El episodio de Cornulio o Cornelio (en la fuente original latina aparece con el nombre de ‘Corvilius’) lo tomó Mexía de los *Apotegmas* de Erasmo [...]”. La indicación, basada sobre el estudio de Cuatrero, es preciosa, sea por lo que nos dice sobre la técnica de “las citas ocultas” en la *Silva*, sea por ser de Erasmo, un autor cuyo papel cultural en España es siempre tema de estudio inagotable; además se ha hablado bastante del erasmismo de Pedro Mexía, como demuestra el editor de la *Silva* en su introducción. Pero, desafortunadamente, las cosas no son así. Todo el párrafo citado, incluso el nombre en su forma correcta, viene de Suetonio, *De las vidas de los Césares*, obra conocidísima por el lector de cultura mediana y lectura imprescindible para el futuro cronista de la *Historia imperial y cesárea*. No queda más que leer el texto suetoniano:

Interdictum ne capite damnatos propinqui lugerent [...]. Inmaturae puellae, quia more tradito nefas esset virgines strangulari, vitatae prius a carnifice, dein strangulatae. Mori volentibus vis adhibita vivendi. Nam mortem adeo leve supplicium putabat, ut cum audisset unum e reis, Carnulum nomine, anticipasse eam, exclamaverit: “Carnulus me evasit.” (*Tiberius*, 61.) Carnificinae eius ostenditur locus Capreis, unde damnatos post longa et exquisita tormenta praecipitari coram se in mare iubebat, excipiente classiariorum manu et contis atque remis elidente cadavera, ne cui residui spiritus quicquam inesset. Excogitaverat autem inter genera cruciatus etiam, ut larga meri portione per fallaciam oneratos, repente veretris deligatis, ficularum simul urinaeque tormento distenderet. (62.)

Lo mismo se puede repetir respecto a las crueldades de Calígula, puesto que aquí también se sospecha la presencia de Erasmo:

Muerto Tiberio como merecía, uvo el imperio Cayo Calígula, que en sus obras fue como él [i. e. Tiberio] y en sus palabras le hizo ventaja. Dezia que desseava que todo el pueblo romano tuviesse una sola cabeça, por poderla cortar de una vez. Teniase por desdichado y quexávase de la infelicidad de sus tiempos, porque en sus días no avía pestilencias, hambres, diluvios, terremotos y incendios y otros grandes infortunios. Venido acaso en su presencia uno que avía sido desterrado por Tiberio, le preguntó qué tal avía sido su vida en su destierro; el otro, por lisonja y adulación, le dixo que entendía en rogar a Dios por la muerte de Tiberio, porque huviesse él el imperio. Como él oyó esto y estuviessen por él desterrados muchos millares de hombres, mandó que fuessen buscados y muertos, porque creyó que todos hazian la misma oración. Mandava <también> que, en los que atormentava y matava, fuese hecha la execución muy poco a poco, començando por heridas muy pequeñas, porque durasse el tormento. Y solía él dezir, en estos tiempos, a los ministros de las crueles muertes: —“Hazé de manera que sientan que mueren.” Acostumbrava dezir aquella palabra trágica que, otros como él usaron: —“Quiéranme mal, con tal que me teman.” (Pág. 473.)

Según Castro, otra vez bajo sugerencia de Cuartero, Erasmo sería la fuente del primero y del último dicho. Pero, otra vez, la fuente del sevillano (y la de Erasmo también) es la obra de Suetonio, donde están las demás anécdotas utilizadas por Mexía:

Infensus turbae faventi adversus studium suum exclamavit: —“Utinam populus romanus unam cervicem haberet!” (*Caligula*, 30.) Revocatum quendam a vetere exilio sciscitatus, quadnam ibi facere consuesset, respondente eo per adulationem: —“Deos semper oravi ut, quod evenit, periret et tu imperares”, opinans sibi quoque exules suos mortem imprecari, misit circum insulas, qui universos contrucidarent. (28.) Non temere in quemquam nisi crebris et minutis ictibus animadverti passus est, perpetuo notoque iam praecepto: “Ita ferí ut se mori sentias.” [...] Tragicum illud subinde iactabat: “Oderint, dum metuant.” (30.)

(Dicho sea de paso, la fuente impone que se explique ‘palabra trágica’ con el sentido propio de ‘verso sacado de una tragedia’.) No hace falta citar un pasaje sobre las crueldades de Nerón: el lector creará que un cotejo de textos prueba ahí también que un dicho suyo es de proveniencia suetoniana y no erasmiana. Es probable entonces que un estudio más profundizado de las fuentes de Mexía lleve a concluir que las ‘citas ocultas’ de los *Apophtegmata* erasmianos tengan que quedar ocultas para siempre y hasta un punto tal que desaparezcan por completo. A menos que, claro está, el mismo autor no mencione explícitamente al gran humanista, como ocurre en el siguiente caso:

Con lo qual, sin lo ya dicho, conforma lo que de Hesiodo refiere Erasmo, diciendo: “Guarda la medida y tasa, porque en todas las cosas es muy bueno el concierto y medio.” Y Platón manda guardar esta misma regla, “ne quid nimis”; y Terencio y Plauto y otros autores la guardan. (IV, 11; vol. 2, pág. 401.)

Si el editor hubiese consultado los *Adagia* de Erasmo, hubiera visto que bajo el lema “ne quid nimis” además de la cita de Hesiodo se encuentran también las de Platón, de Terencio y de Plauto que Mexía presenta como fruto de su ‘varia lección’.

No creo que sea necesario insistir sobre la importancia del estudio de las fuentes para una obra como la *Silva*, que nace de otros libros. Tan sólo el conocimiento de estas fuentes nos da la medida correcta de la cultura de Mexía y de su juego intertextual, y nos sugiere el método mejor y más económico de comentar su obra, sin gastar energías comentando los textos que él copiaba.

Si el espacio lo consintiera, se podría demostrar cuánto des debe Mexía a Polidoro Virgilio y a Casaneo (cuyo *Catalogus gloriae mundi* es la fuente,

por ejemplo, de la anécdota del anillo del rey Pirro [IV, 1]), o a autores usados con menor frecuencia (como, por ejemplo, Marineo Sículo, de donde Mexía saca la historia del 'hermoso engaño' que la reina de Aragón hizo a su marido [3:25]; o Maquiavelo de las historias florentinas, de donde viene la historia de Rosimunda [3:24]). El espacio permite terminar con un último ejemplo microscópico de las ventajas que un editor tiene si identifica las fuentes de su autor. En el "Prohemio y prefación de la obra", Mexía da una lista de nombres de autores que escribieron obras misceláneas parecidas a su *Silva*. Entre ellos hay un Vindice Cecilio que Castro no consigue identificar. No tengo suficiente espacio para copiar su nota erudita, llena de elucubraciones (agudas y admirables) para intentar identificar a este personaje. Pero hubiera simplificado su trabajo si hubiese leído con más cuidado las *Noches áticas* de Aulo Gelio, donde se encuentra varias veces el nombre de Caesellius Vindex, autor de una silva titulada *Antiquarum lectionum*, mencionado ya en la famosa 'praefatio' de Aulo Gelio que Mexía imitó. La obra de Caesellius Vindex está perdida, y se la conoce sólo a través de la mención de Aulo Gelio. Es suficiente este dato para ver cuántas pueden ser las trampas en las que nos puede hacer caer Mexía con su cultura postiza, si no llegamos a descubrirle las fuentes.

Al cerrar esta reseña vuelvo a repetir que la edición de Castro es muy valiosa. Los datos que he presentado indican que existe otra ruta de investigación diferente de la seguida por Castro. Quizás no sea verdad el dicho de que todos los caminos llevan a Roma; pero es cierto que todos los caminos a algún sitio tienen que llevar. La edición de Castro nos lleva a un punto seguro —a un texto excelente (yo corregiría sólo la problemática lección "Julio Pulley" [IV, 1; vol. 2, pág. 313] en "Julio Pólux") y a un comentario muy útil— de donde se podrá empezar otro viaje. Y esta vez, hacia Roma.